

# LOCO AMOR

## I

¡Qué triste no ver los campos  
que yacen bajo la nieve!  
¡Qué alegría la nevada  
sobre los campos que duermen!

Mi loco amor ha salido  
y los caminos se pierden...

## II

¡Qué suplicio no saber,  
cuando de amor desfallece,  
enlazar el corazón  
al corazón que nos quiere!

¡Qué dolores da la abierta  
herida de amor perenne,  
dolores que se bendicen  
entre congojas de muerte!

## III

Mi loco amor ha salido  
y los caminos se pierden...

Si buscas fuego que espante  
ese frío en que te mueres  
¿a dónde vas, amor mío,  
marchando sobre la nieve?

FERNANDO BRAVO Y BRAVO

# Hablar por Hablar

Por AUGUSTO OLIVER MARCOS



OR fin había roto con su novio como se había propuesto. Un paso duro, ciertamente, pero la realidad se imponía. Jorge desde luego era buen chico, personalmente no le reprochaba nada y la culpa de todo era de las dichas circunstancias. Le conocía de siempre, los dos moraban en aquel suburbio, donde ambos creyeron vivir felices hasta ahora que ella comprendía el drama, su drama, de los infelices sin recursos. La historia de su noviazgo era corta, vulgar y comprometedor. De todos los chicos de su barrio a Elena le atraía particularmente Jorge, jugaban juntos y se había establecido entre ellos un tácito acuerdo de concesiones y complacencias. Y esta amistad infantil se trocó lógicamente, por deslizamiento de su voluntad en amor al llegar a la adolescencia. Elena había nacido en una familia humilde de un obrero de la construcción, prolífico en demasía donde ni el pan se comía en abundancia. De pequeña, viviendo en aquel arrabal, entre seres de su misma condición, pensaba que aquel mundo de privaciones y sinsabores, era común para todos. Más tarde estos pensamientos ferozmente estáticos durante tanto tiempo se vinieron ruidosamente abajo. La cosa ocurrió cuando todos los hermanos se desperdigaron del hogar para traer recursos económicos a la casa que los necesitaba con urgencia. Mejor o peor se las agenciaron para procurarse un oficio modesto, trabajoso y mal pagado, pero había que vivir como fuese. Elena estuvo de aprendiz en una peluquería de señoras hasta que dominó el oficio lo suficiente para lanzarse por su cuenta. Primero ensayó en las cabezas de sus vecinas del arroyo sin exigencias, conformistas con todos los peinados que salían de las manos de Elena, que además no les cobraba gran cosa. Pero Elena era habilidosa, fantástica y empezó a cogerle cariño a una profesión para la que estaba bien dotada. Del suburbio de casa en casa pasó al centro de la ciudad, trabajando con tesón, sin desgana, horas y horas de pie, subiendo escaleras, riendo sin ganas... Dejó a sus antiguos clientes pobres y se dedicó ahora a estas nuevas, medio burguesas que la pagaban mejor. De este modo entró en un mundo desconocido para

ella, de casas suntuosas y mujeres felices, descansadas, con hijos bien nutridos y con dinero abundante. Sentía envidia y añoraba este mundo sobre todo al compararlo con el suyo miserable. Era entonces cuando se acordaba de su novio, de su vida futura y de lo que le esperaba cuando se casase. Jorge trabajaba como dependiente en unos almacenes, y las posibilidades de prosperar eran nulas. Ante esta sombría perspectiva, Elena se aterraba, se había vuelto materialista y sentía un verdadero pánico hacia la miseria de su hogar con Jorge. Y así fue naciendo en ella la idea de la separación. Otro novio no le faltaría, ella era guapa, hermosa, con un tipo de esos que hacen volverse a los hombres llenos de admiración y de lascivia. Bien lo notaba ella en las casas donde trabajaba la observación atenta del señor de turno recorriendo su cuerpo bien formado, sintiendo la mirada febril del deseo soterrado. Y en la calle un torrente de piropos atrevidos saltaban a su paso. Se crecía entonces y su orgullo de hembra favorecida se resistía a continuar de novia con Jorge, ese pobretón con quien ella se había comprometido estúpidamente. Ella podía aspirar a más, ser una señora respetada y vivir en buena casa rodeada de lujos y de caudales. No era el suyo el primer caso, toda la vida estaba llena de ejemplos, hasta el cine los multiplicaba, chicas de condición modesta, sin más caudal que su belleza habían saltado a las cimas de la fama y de la opulencia. ¿Por qué se iba a conformar con Jorge, si ella se merecía otra cosa...? Bien claramente se lo había dicho Juan Carlos en muchas ocasiones, en todo momento que Elena llegaba a su tienda para adquirir algún producto para su pequeña industria. Era simpático Juan Carlos, un caballero, a ella la atendía siempre y eso que siendo él hijo del dueño del establecimiento sólo estaba para atender a la dependencia. Como todos los hombres Juan Carlos la admiraba, invariablemente al verla entrar acudía a ella solícito rebotando palabras galantes y adulonas. Luego más íntimamente le sucurraba siempre las mismas frases que la traían envenenada: Era triste que estuviese comprometida con un pelagatos, Elena con su rostro perfecto y su tipo esplendoroso se merecía otra cosa, un hombre como él, que la llenase de lujos y atenciones... eso era lo que ella necesitaba. Las frases de Juan Carlos le había hecho pensar mucho, quizá estuviese en lo cierto, con Jorge su vida iba a ser penosa, llena de sacrificios, de horrores y necesidades como había visto en su casa. Se aterraba imaginando que toda su vida viviría en una casa cochambrosa dando a luz un niño cada año, sin vestidos lujosos, llena de privaciones, con enfermedades, envejeciendo pronto, deseando la muerte como una liberación. Si en cambio se casase con Juan Carlos todo sería diferente. El chico sería con el tiempo el único due-

ño de aquél saneado negocio. Elena no ignoraba que el comercio da pingües beneficios. Se compran cosas a un precio y se venden más caras. Un hecho muy simple, pero de ese margen de beneficios acumulados se compran alimentos, vestidos, proporciona el veraneo, se construyen casas, se adquieren valores que producen rentas, se amplían los negocios que traen más dinero y entonces la vida resulta más maravillosa... por qué no aspirar a todas estas cosas si podía? Lo primero que tenía que hacer, era romper con Jorge para quedar libre.

Friamente se trazó un plan que siguió con exactitud matemática. Empezó a tratarle con frialdad y llegó hasta el desprecio. Después con el pretexto de su mucho trabajo escasearon sus entrevistas. Fue entonces cuando el muchacho tímidamente reclamó una explicación de aquellos desvíos y ella aprovechó la circunstancia para ofenderse y terminar sus relaciones. Elena vió marcharse a su novio vencido y triste y una sensación de penoso remordimiento empezaba a invadirla, afortunadamente duró poco aquello. Al diablo la conciencia, las cosas se hacen o no se hacen y los tiempos ahora no estaban para sensiblerías. Lo cierto era que ella había dado su primer paso y ahora debía continuar hasta su meta.

\* \* \*

Libre de Jorge aumentó su amistad con Juan Carlos, fue todo muy fácil y natural. Las vecinas del barrio se admiraban que tan pronto hubiese atrapado a otro hombre, a un señorito nada menos y brillaban sus ojos de envidia al verla descender del Seat-600 en que a veces la traía a casa. Todos estaban interesadas por saber si eran novios formales. ¿Novios? También ella se hacía la misma pregunta. Juan Carlos no se había declarado formalmente, pero estas cosas ya no se estilaban, eran reliquias del pasado, el muchacho la acompañaba devotamente a todas horas y sólo vivía para ella, ninguna otra mujer se lo disputaba. Qué más podía desear Elena?. Había que dar tiempo al tiempo y esperar que las cosas van unas tras las otras. Ella era feliz y eso era lo importante. Cuando la primavera trajo buen tiempo abandonaron los cines y los bares, por pequeñas excursiones a los campos de los alrededores con la ayuda del cochecillo. Pocos kilómetros, claro está, no quería maledicencias y el regreso antes de la puesta del sol. Paseos inocentes. Juan Carlos era muy serio, muy formal no había que tener cuidado. Cada tarde tomaban una carretera al azar aceleraban y cuando ella veía un sitio que le gustaba le mandaba parar. Se detenían y pasaban unos minutos deliciosos solos, ensimismados con la naturale-

za, con ellos mismos... Elena empezó a descubrir un mundo maravilloso en los alrededores de la ciudad, de riachuelos serpenteantes, de prados verdes salpicados de florecillas, de olores embriagantes, de rocas graníticas de bello encantamiento, puestas de sol hermosas y fascinantes. El automóvil era sorprendente. Admiraba estar en un momento en tal sitio y pocos minutos después en otro, sin esfuerzo, de un modo mágico como en una alfombra encantada de los cuentos de su infancia.

Después al principio del verano ocurrió aquello. Habían pasado la tarde bañándose en una charca a pocos kilómetros de la ciudad, una jornada deliciosa, regresaban atravesando una finca para acortar distancias y alcanzar al coche que habían aparcado junto a la carretera. A mitad del camino Juan Carlos se sintió repentinamente cansado. Tu vieron que detenerse. Allí se estaba bien, el aire traía suave brisa del agua cercana y todo a su alrededor parecía encantado. Resaltaban las siluetas de las encinas corpulentas y sus hojas refulgían plateadas por el sol mortecino que se hundía por el horizonte. El ocaso era la más bella acuarela imaginada. Amarillos metálicos, rojos enfebrecidos y más tarde los malvas desvaídos, los verdes suaves, los azules, pequeños cúmulos de bordes irisados resplandecían tornasolados. Y los olores... olía la tierra, las mieses calcinadas por el sol estival, la fuerte mejorana... el brezo... las jaras, todo...

Se acababa la tarde... Juan Carlos comenzó a acariciarla, torpe, avasalladoramente, Elena pudo por fin, desprenderse de él y huir, sin saber hacia donde, llorosa, asustada, seguida de Juan Carlos trabajosamente que la maldecía... Se callaron los grillos, y las ranas interrumpieron su monocorde croar. Sólo se oían sus pisadas restallar en la maleza seca y el jadear penoso de sus respiraciones. El regreso fue triste, embarazoso. Callados, absortos en sus pensamientos, defraudados los dos.

\* \* \*

Elena le estuvo esperando muchos días. Estaba dispuesta a perdonarle, los hombres son como són y a las mujeres sólo les quedaba el recurso de ser condescendientes. Pero Juan Carlos nunca volvió. Elena empezó a comprender que todo aquello había sido un intento de doble engaño, que los hombres hablan por hablar y que ella que quería cazar una situación estuvo a punto de ser cazada. Pero un fracaso no debe arredrar a nadie y empezó a formar sus planes para el próximo intento.

Había que seguir luchando hasta conseguir la total victoria.

## Versos de ayer

PEDRO ROMERO MENDOZA

